

# LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIÓDICO POLÍTICO.



ESTE PERIÓDICO  
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20,  
24, 28, y último de cada mes.

DIRECTOR:  
**ANTONIO G. LLORENTE.**

REDACCION Y ADMINISTRACION:  
PLAZUELA DE STA. CATALINA DE LOS DONADOS,  
núm. 2, cuarto bajo.

## NUESTRA MISION.

Hay un nombre que es nuestro orgullo, que estimamos como una honra inapreciable y que defenderemos siempre con aquella energía con que los corazones leales sostienen las causas santas. Ese nombre es el de ESPAÑOL.

Nacidos nosotros en la opulenta Cuba, amantes de aquella tierra tan feliz, hasta que la traicion y la codicia de algunos ambiciosos, apóstatas de su origen y de su raza, vinieron á turbar la tranquilidad envidiable que allí se disfrutaba; entusiastas por la ventura de nuestros compatriotas, no hemos titubeado ántes, como no titubeamos hoy, en presentarnos á combatir con nuestras escasas fuerzas, pero con nuestra inmutable voluntad, contra cuantos nos quieran despojar de ese nombre, contra cuantos pretendan con más ó ménos audacia arrancar de aquel suelo la bandera de nuestros padres privándola del título glorioso de provincia Española, que es el mejor timbre de esa hermosa Antilla.

Desde los días de triste recuerdo en que la intencion alevosa del *insurgentismo* osó por vez primera manifestarse en Cuba, (1848) principió para nosotros la tarea que continuamos hoy, que hemos suspendido cada vez que el espíritu de rebelion desaparecia, y á la que nos consagramos nuevamente con igual constancia en el momento en que estalló la insurreccion que existe en aquella comarca; insurreccion auxiliada desde el exterior por ocultos partidarios, que encubren sus propósitos con protestas de fidelidad y con fingido amor á nuestra patria, al propio tiempo que urden en secreto las vergonzosas tramas de la perfidia.

Dedicados al trabajo en otras esferas de la actividad humana, únicamente hemos empleado nuestra escasa inteligencia en escribir para el público durante esas épocas de turbulencia en aquel país, repetimos, y pasadas ellas, hemos dejado la pluma, porque sólo nos atrevemos á

fixar en el papel nuestras ideas, en los instantes en que es preciso luchar por nuestra nacionalidad amenazada en América.

Por eso en el último año (1869) nos presentamos en el estadio de la prensa en la Habana, protestando, por decirlo así, en nombre de dignísimos cubanos y en el nuestro, contra la ultrajante mancha de desleales que con falsedad quiere arrojar sobre el honor de todos los que en Cuba hemos nacido, por los que sin pudor se visten el sambenito de los réprobos y por los que se disfrazan con el dictado de buenos. Y no sólo como cubanos alzamos entonces y ahora nuestra voz; sino que como españoles que somos, hablamos con la fuerza de voluntad que nace de la conviccion y del deber.

Cuando tal hacíamos, no aspirábamos, así como no aspiramos hoy, á porvenir, á medros ó á distinciones. La recompensa de nuestros trabajos está en contribuir, ¡ojalá podamos conseguirlo! á que se desvanezcan los arteros planes de los enemigos de España, de los enemigos de Cuba, porque enemigos de Cuba son los que á la satisfaccion de sus pasiones quieren sacrificar el presente y el porvenir de esa provincia, por la que dicen se desvelan, y cuya grandeza parece que les atormenta.

Al dar comienzo en la Habana á este periódico hicimos la única profesion de fé política que debíamos hacer; y la hicimos para cumplir, como hemos cumplido y como cumpliremos siempre cuanto digamos. Consignamos en nuestro prospecto y lo reiteramos en el presente número, que no estamos afiliados en partido alguno de los que figuran en la vida política de la Península española.

Nosotros pertenecemos á todos y á ninguno. Los que honrándonos con su confianza nos han enviado á proseguir nuestras tareas aquí, saben que cualesquiera que sean nuestras simpatías por tales ó cuales sistemas y nuestras afecciones por estas ó las otras personas, nosotros, que

hemos expuesto nuestra personalidad en los momentos de agitacion en Cuba, solo tendremos presente una idea; y solo obedeceremos á un pensamiento: TRABAJAR PORQUE CUBA SEA SIEMPRE ESPAÑOLA.

El gran partido español allí, ese partido en cuyas filas forman los insulares leales con los peninsulares, ese partido que en aras de su nacionalidad prodiga vidas y haciendas, al honrarnos con su confianza, obedeciendo á uno de esos generosos impulsos que presiden en todos sus actos, no quiso elegir para defender los intereses de España en América á uno de los muy inteligentes escritores nacidos en este lado de los mares que abundan en aquella Antilla, sino á un novel y oscuro periodista natural de Cuba. Vaya en buen hora, ha dicho, á defender los sagrados derechos de la patria, y nuestro honor y nuestra justicia contra los amañados ataques de nuestros contrarios, vaya en buen hora á cumplir esa obligacion uno de los cubanos que existen fieles á su origen, y demos así el mentis mas solemne á los que nos imputan odio á nuestros hijos y creen que abrigamos temor por el triunfo de nuestra causa.

Y nosotros llenos de gratitud hemos aceptado distincion tan alta y nos hemos atrevido á presentarnos aquí, entre las inteligencias superiores que descuellan en el campo de la prensa, para servir á esa causa de España en Cuba, que es la nuestra, sin que nos arredren ni el saber, ni el prestigio de tantos ilustrados periodistas como en Madrid llaman la atencion pública con incontestable justicia, y de los que no nos atrevemos á llamarlos *colegas*, y á los que pedimos excusen desde ahora la pobreza de nuestro estilo y la carencia de títulos para lanzarnos á la arena en que combaten, si quiera sea por la sinceridad de nuestras intenciones; y decimos que nos presentamos sin que nos arredre la superioridad de esas plumas maestras, á las que quisiéramos poder imitar, porque suplirá en algo á la escasez de nuestros conoci-



mientos, nuestro ardiente anhelo por llenar bien el delicado encargo que se nos ha confiado.

LA INTEGRIDAD NACIONAL no es una publicación destinada á sostener intereses de partido: su nombre es su programa: su única bandera, la bandera que ondea en Cuba, defendida por mil y mil valientes, y que en vano pretenden desterrar del Nuevo Mundo la rebelion armada, ó la astucia embozada de nuestros enemigos.

El modesto periódico que apareció por vez primera en la perla de las Antillas, y viene á continuarse en la capital de la nación, acepta y respeta al poder que ésta elija, y aplaudirá sus actos, cuando tiendan á sostener la integridad del territorio, así como sabrá censurarlos con la energía de la lealtad, siempre que directa ó indirectamente puedan debilitar en lo más mínimo el prestigio, el honor y los derechos de España en aquellas tierras; ó siempre que puedan llevar allá nuevas turbaciones que destruyan la importancia y el porvenir de tan opulento país.

Para nosotros, y para los que favorecen á este papel, no hay colores, ni bandos políticos que nos detengan ante la idea de la nacionalidad expuesta en Cuba á sufrir un quebranto; y cualesquiera que sean nuestros contrarios, desde el particular hasta el más alto funcionario, contra todos lucharemos, cuando necesario sea, con vigor y con constancia.

Difíciles momentos nos esperan quizás; á empeñados combates acaso nos lanzamos; pero tenemos fé, y ésta es tan grande como sagrados son los derechos que sustentamos, como inmensa es la justicia que nos asiste.

Si los adversarios que se nos presenten nos dirigen calificaciones que pudieran crear prevención contra nosotros en la opinion pública, á fin de evitar que nuestros escritos, en los que siempre presidirá la verdad, modifiquen las creencias equivocadas que sobre el estado de Cuba, y sobre las importantísimas cuestiones de aquella provincia vienen sustentándose por error ó con mala fé, no por eso podrán detenernos en nuestros trabajos. Continuando serenos nuestras tareas, nos prometemos desvanecer las quiméricas acusaciones que algunos hacen al pueblo español de Cuba.

Rechazamos desde ahora los dictados de reaccionarios y de retrógrados que se prodigan á los defensores de la honra nacional en América, como armas gastadas de que sólo se hace uso por aquellos que quieren desorientar la opinion para impedir que se oiga á los que merecen la consideracion, el aprecio, y el auxilio de sus compatriotas. Y rechazamos esos nombres que indebidamente se dan á ese pueblo fiel, por los que sin intencion acaso, demuestran un constante encono hácia cuantos han servido de insuperable va-

lladar á los embates del insurgentismo en Cuba.

Exponiendo la verdad sin ambages, consignando los hechos sin exagerarlos, y huyendo de la palabrería que emplean los que militan en filas opuestas á nosotros, nos proponemos destruir las acusaciones que se nos hacen; y probar que el título que tenemos para ese antagonismo, es la lealtad de nuestras ideas y la fidelidad á nuestra pátria.

El pueblo español de Cuba no es reaccionario, ni enemigo del progreso: el pueblo español no es contrario allí de las verdaderas libertades, conciliadas éstas con el orden, la cultura, y el respeto á la propiedad. Léjos de serlo, saluda y acoge con aplauso cuantas mejoras, cuantas reformas se enderezan al adelanto, á la prosperidad, al bienestar de aquella rica provincia: de lo que es enemigo acérrimo es de la traicion, que con el velo de éstas ó de las otras aspiraciones, quiere socavar el terreno para debilitar primero y destruir despues la dominacion española en el Nuevo Mundo, arrojando de allí con escandalosa ignominia la bandera que llevó la fé y la civilizacion á esas tierras descubiertas y enriquecidas por nuestros padres. Eso demostrará ante todos nuestros hermanos de la Península la integridad nacional, y ese es uno de los más esenciales objetos de nuestro encargo.

Nacidos en Cuba, lo repetimos, abordamos con satisfaccion la honrosa empresa de concurrir con otros periódicos á sustentar tan noble causa; y nos atrevemos á esperar que nuestras palabras alcanzarán indulgente atencion, y que sin atender á la debilidad de nuestras fuerzas, se tenga presente que en los asuntos y en las cuestiones de las provincias de Ultramar se juegan grandes, inmensos intereses para el presente y para el porvenir de España.

## DOS CARTAS.

*Calumniosamente se ha querido presentar á los que aquí defendemos la nacionalidad española como los menos y de menos valer, cuando tan patente es que somos los más, puesto que á los peninsulares todos se une la mayoría de los nacidos en Cuba....*

Todos los que hayan seguido paso á paso las diversas fases de nuestros asuntos ultramarinos, despues de la revolucion, no podrán haber olvidado dos escritos notables que recientemente vieron la luz pública, y en los cuales se hallan condensados los distintos puntos de controversia que han venido agitando la opinion desde hace algunos meses.

Su importancia relativa consistía, en ser el uno la expresion colectiva de las ideas de todo un pueblo que atraviesa una crisis terrible, y traslucirse en el otro, las quejas y el despecho de un pequeño círculo que bulle, se agita, y ha hecho los mayores esfuerzos en las regiones del poder, por trasplantar de golpe á nuestros dominios de Asia y América instituciones

que hoy habian de serles funestas: la personalidad política del firmante era para nosotros una cosa accesoria, desde que la considerábamos refundida en los amigos á quienes servía de intérprete.

Cuando el Casino Español de la Habana, tomando la voz de toda la poblacion leal de Cuba, se dirigía al general Prim exponiéndole lo que se piensa, lo que se teme y lo que allí se quiere de la Metrópoli, estaba muy léjos de sospechar que sus sentidos y patrióticos acentos hallaran aquí censuras acerbas, acompañadas simultáneamente con frases de simpatía y de lástima por los enemigos de nuestra nacionalidad que estaban bajo el peso de la ley.

¿Qué era ese Casino? ¿Quiénes eran sus miembros? ¿Quiénes sus detractores? Pena y grande deben haber sentido los que conocen á fondo las cosas de Cuba, al oír juzgar con ligereza hombres y hechos que merecian admiracion y respeto, y al ver desnaturalizados sucesos é intenciones, en que si algo habia grande era el desinterés y la abnegacion.

Ni una imaginacion fecunda, ni los recuerdos infantiles, ni abstracciones hipotéticas, han sido jamás por sí solas títulos suficientes para apreciar los acontecimientos políticos, ni las necesidades de sociedades que *no se conocen*, y en tales condiciones, no es extraño que se cometan errores lamentables, é injusticias palmarias.

Si los que estaban decididos á contribuir por toda clase de medios á salvar nuestra nacionalidad en Cuba, adoptaron al agruparse, el modesto título que se da entre nosotros solo á ciertos círculos de recreo, bien sabido es de todo el mundo que su intencion fué constituir *un centro de accion para sostener los intereses de la Madre pátria, y prodigar recursos para salvar en los campos de batalla la integridad Nacional*. Esta confesion preciosa ha sido hecha por uno de sus impugnadores; pero se niega á reconocer, que á este núcleo patriótico de hombres de corazon fueron adhiriéndose todos los pueblos y personas leales, de modo que al poco tiempo, lo que pensaba el Casino, era siempre la expresion de todos los españoles leales que vivían en Cuba, sin distincion de partidos ni de origen, pues en presencia del enemigo comun se fundían todas las diferencias: sus palabras eran un eco de las que estaban en todos los lábios, y tan completa é inalterable era la armonía de todos sus adherentes, que con aquiescencia tácita de todo el mundo, pudo considerarse como el órgano de una inmensa asociacion cuyo fin era la salvacion y defensa del territorio, y de la cual se consideraban miembros *todos* los que querían seguir siendo españoles.

Así es, que cuando ha hecho llegar su voz el Casino Español de la Habana, hasta las regiones del poder, puede considerarse que ha sido la isla de Cuba entera la que ha hablado: y los que luchan, y los que sufren, y los que hacen sacrificios, y los que han sido arruinados, y los que aun se ven amenazados, todos, todos unánimemente han creído que sus sentimientos y aspiraciones no podían haber hallado más fiel intérprete.

Y sabiendo esto, ¿cómo no ha de causar singular extrañeza la triste acogida que ha merecido este documento á algun órgano de la prensa? Los que tanto han hecho por la pátria eran acreedores á elogios y gratitud, y solo han hallado ataques y cargos virulentos: las contrariedades que sufre un espíritu soberbio pueden inspirar eso y mucho más, pero sobre sus mezquinas pasiones estará siempre la opinion pública, que concluye siempre por depurar la índole de ciertas agresiones.

¿Qué pretendía el Casino de la Habana? Con una prevision política que le honra, con un



conocimiento perfecto de aquella sociedad, presintiendo la trascendencia y los peligros de lo que aquí se intentaba, temiendo ver comprometidas las ventajas obtenidas en la última campaña, ha tenido la noble franqueza de exponer al Presidente del Consejo las preocupaciones del país.

En esa carta tan sencilla como elocuente se protestaba ante la idea que solo los peninsulares fueran los que apoyaron al poder español, cuando con su sangre y sus fortunas estaba la mayoría de los nacidos en el país coadyuvando al mismo fin: aunque mostrándose partidario de la abolición y de las reformas necesarias al bienestar de las Antillas, encarecía el Casino la necesidad de no hacer *prematuramente* innovación alguna, pues toda transformación *violenta* de instituciones antiguas era originado á desorganizarlo todo.

Los gritos del patriotismo alarmado de tantos buenos ciudadanos, lanzados en el curso de tantas reflexiones sensatas, no han encontrado eco, sino una refutación llena de acritud, en los que están empeñados en hacer *á su manera* felices á las Antillas, á pesar y contra el voto de sus habitantes, que juzgan como el más funesto de los presentes, el planteamiento de esas doctrinas disolventes con que desde aquí se procura alucinarlos.

Habituados toda la vida á admirar las grandes acciones, y á entusiasmarnos ante los grandes rasgos de patriotismo, hemos sentido una dolorosa sorpresa, al ver denigrar y ofender individual y colectivamente á tantos héroicos voluntarios como allí están *certificando* con su sangre su amor á la Patria. ¡Y aun se ha osado atribuirles móviles diversos, del impulso noble y santo que los arrastraba á defender su país en peligro! ¡Y ha habido momentos en que se ha escrito en frases impregnadas de hiel y de desden, que *aquel puñado* de españoles reclamaba la exclusiva Soberanía sobre la Antilla en que residían, sobreponiéndose á la voluntad nacional!

Esas frases están á nuestra vista y lastiman nuestros ojos, no solo por la manera estudiada con que se creaban aquí desconfianzas contra los habitantes leales de Cuba, sino porque se llevaba la saña hasta rebuscar la palabra que más podía rebajarlos ante la opinión pública; ese *puñado* lo formaban todos, absolutamente todos los hombres de corazón y conciencia que habitan los trópicos, excepción hecha de los que han renegado del nombre español, y su actitud y sus esfuerzos tendían, no á sobreponerse á la Soberanía de la Nación, sino advertir al poder supremo el riesgo inmenso que amagaba á una de sus provincias, si se adoptaban las soluciones insensatas aconsejadas aquí por escritores ignorantes ó pérfidos, que un día y otro día no tenían más misión que extraviar la opinión pública, tergiversando los sucesos de América, y desalentado á nuestro pueblo leal que tenía la desgracia de no enterarse de aquellos, más que por los informes parciales de los que así contribuían al desmembramiento de la Nación.

No penetraremos jamás en el terreno de las intenciones, ni en los móviles que guiaban ciertas plumas, que no parecía sino que estaban empapadas en bilis filibustera. A nuestro objeto corresponde solo consignar los errores y las apreciaciones injustas que descollaban en esos escritos, dedicados exclusivamente á desacreditar á los defensores de nuestra Nacionalidad, y á despertar las simpatías y conmiseración del país, en favor de sus más encarnizados enemigos, haciéndolos pasar como víctimas inocentes de un *puñado* de españoles feroces, que cometían el crimen de combatirlos ó alejarlos de aquel territorio, en que

no causaban más que depredaciones y errores.

Aun se ha sostenido en todos los tonos, que aquella guerra fratricida no concluirá sólo por la fuerza, y que el único remedio eficaz eran las concesiones democráticas: y esto se decía, cuando aquí se suspendían para combatir á los federales, cuando se preindia de ellas para exterminar á los carlistas, cuando aun palpitaban la sangre y las víctimas del corto ensayo hecho por el general Dulce en la Habana y sobre todo, cuando en Cuba los elementos de resistencia eran de una índole más terrible y peligrosa que en la Península.—Esos mismos periódicos que querían propinar á Cuba tan desdichado remedio, sostenían los mismos días la necesidad de privar á sus adversarios de todo medio de acción legal para hostilizar: y sin embargo, aquí la lucha solo afectaba á los principios, y era solo de rivalidades políticas, mientras en Cuba estaban amenazadas las dos grandes bases sobre que descansan las sociedades civilizadas: la integridad del territorio y los intereses de raza.

Este contraste revelaba una inconsecuencia tan palmaria, que entónces y solo entónces se supo, que en ciertos periódicos, los escritos concernientes á las cuestiones ultramarinas eran ajenos á sus redacciones, las cuales tenían la *imprevisión* de ponerlas á disposición de algunos amigos y corresponsales de la famosa junta de New-York, que hacían grandes alardes de españolismo con los que aquí no los conocían, para así abusar mejor de su buena fé.

Solo así se explica la manera insidiosa y tenaz con que desde aquí ha intentado debilitarse la unidad de acción y pensamiento que presidía en los españoles de Cuba, y la influencia ejercida en alguno de nuestros hombres políticos, merced á esa propaganda hábil que aquí se ha hecho.

Desesperados los insurrectos de hallar una barrera inexpugnable en el valor de aquellos buenos españoles, han intentado su última evolución en Madrid, desplegando toda clase de recursos para relajar el principio de autoridad en Cuba, y anular la vigorosa organización de sus defensores; con leyes y decretos obtenidos por sorpresa, esperaban tomar la revancha de sus descabros en campaña; pero esas disposiciones no se darán, y sus cómplices inocentes de la prensa son ya conocidos y juzgados en las Antillas.

No, no es verdad; en nada ha errado el Casino de la Habana al exponer desde allá sus temores á nuestros hombres políticos, por lo general poco enterados de las circunstancias especialísimas de aquella sociedad. Si haciendo uso de un derecho perfecto, y contando con la aquiescencia de todo el partido español, ha perdido que éste sea consultado para todo lo que aquí había de determinarse respecto de las Antillas, no es que quiera excluir á nadie de la participación en los asuntos públicos, pues fuera de ese partido español, no hay en Cuba mas que filibusteros.

Es preciso decir esto muy alto, para disipar errores esparcidos aquí con una malignidad que subleva; en ese partido existen agrupados, desde el republicano exaltado, hasta el absolutista más intransigente; y si ha tomado esa denominación, es por distinguirse de los que odian y reniegan de esta noble España á la que lo deben todo; es para no ser confundidos con esos hijos espúreos que aniquilan y devastan un país que debían amar.—Allí no hay indiferentes desde que la guerra tomó su carácter de ferocidad actual, y desde que los partidarios de la independencia adoptaron como única táctica, no la lucha leal del soldado va-

liente, sino la perpetración de crímenes que estremecen, y todos los excesos de un vandalismo repugnante.—Los que al principio se hacían la ilusión que podía haber algo de honra ó de noble en los sostenedores de esa funesta bandera, retrocedieron horrorizados al ver la inhumanidad y la barbarie, sirviéndoles de medio de propaganda, y se acogieron de nuevo al seno de la patria, dejándoles tan solo su desprecio y sus maldiciones.

¡Cuántos corazones leales han tenido que pagar al precio de su sangre, ó al de sus fortunas, convertidos en ruinas humeantes, su repugnancia á hacer causa común con los separatistas! ¡Cuántos hechos infames y horribles no ha presenciado aquel espléndido país y nuestra misma Península, promovidos por el oro de esos modernos vándalos! Y aún se lamentan sus patrocinadores de aquí, de los castigos, de los embargos, y hasta de que se haya hecho pública su connivencia en las convulsiones últimas de España.

¿Había de premiárseles, cuando olvidaban hasta las leyes de la guerra, para no saciar más que sus instintos feroces? ¿Era político, ni justo, dejarles sacar de los bienes que tenían en el territorio, y que estaban bajo nuestra salvaguardia, recursos para hostilizarlos y hacer interminable la guerra?

Eso hubiera sido el colmo de la simpleza; y si como medida de guerra están justificados esos embargos, ha sido una alta previsión política guardar esa garantía para el día en que se imploren indemnizaciones al Estado por tantas familias arruinadas, no sean los contribuyentes pacíficos los que tengan que hacer ese sacrificio, sino solo los causantes del daño. Y que no se nos tache de crueldad por tal medida, pues después de asistírnos un perfecto derecho, en el país clásico de la libertad, en el que los filibusteros reputan como su bello ideal de gobiernos, nos han dado antes el ejemplo en caso y circunstancias análogas: los rebeldes del Sud, en los Estados-Unidos, sufrieron los rigores de una confiscación general, y sus bienes han sido luego vendidos, y permanecen aún arruinados. Un gobierno eminentemente práctico, no hace nunca política sentimental, y debe tomar precauciones para el porvenir, cuando hay que salvar los altos intereses que tiene misión de defender.

¿Quién no conoce por otra parte los centros de acción que en Londres, París, Madrid, Barcelona y Cádiz tenían los filibusteros para extraviar la opinión, favorecer á los agitadores de los partidos extremos, é impedir la salida de refuerzos para la Habana? Nadie puede negar su existencia *lealmente*, desde que el ministro de Ultramar confirmó en las Cortes nuestro aserto, y corroboró el contenido de aquellas famosas cartas sorprendidas en la Habana sobre un moribundo.

Si los que servían de instrumentos ó cómplices huyeron á tiempo, esto no destruye la culpabilidad de todos, así como la de algunos deportados cubanos que se convirtieron en ardientes colaboradores de la *diversion militar* que aquí se tramaba en exclusivo beneficio de filibusterismo.—Todo fracasó, y la huida rápida de los deportados, en momentos en que nadie molestaba á federales pacíficos que permanecían en sus casas, prueba de una manera manifiesta que alguna connivencia debía existir, pues por temores pueriles, no es probable que se ausentaran simultáneamente tantas personas; y además, ¿quién ignora que casi todos han ido á engrosar las huestes *pacíficas* que desde New-York nos hacen la guerra con declamaciones y discursos? Si incidentalmente hemos hablado de esto, es para refutar la calificación que se hizo del envío de esos indivi-



duos á la Península: no fué una venganza, no fué el deseo de salvarlos cuando nadie los amenazaba (suposición que por sí sola envuelve atroz injuria), sino la aplicación del derecho que tiene la autoridad mientras dura el estado de guerra, de alejar á todos los que cree peligrosos á la seguridad del territorio que manda, y confinarlos al punto que tiene por conveniente.

Aquí se ha visto públicamente entónces, jactándose de su hazaña, al que organizó la matanza del teatro de Villanueva de la Habana, y que pagó presto la clemencia que con él se había usado, burlando villanamente al noble intercesor de tal gracia, y denostando en seguida en libelos infames escritos desde el extranjero á los que le habían impedido arrastrar un grillete.

Este, y otros rasgos de clemencia, jamás agradecidos, destruían en Cuba el efecto moral de ciertos castigos: todos los desafectos á España, alentados por tal impunidad, consideraron desde este momento la deportación (y lo decían en son de burla), como un *viaje de placer* á España, y fué preciso privarse de este medio coercitivo que ya no hacía efecto alguno.—Este asunto, al parecer tan sencillo, no sólo dañó el crédito del Gobierno, sino que alentó la insurrección.

Esa generosidad fué juzgada por los filibusteros como un acto de miedo, y por otros como una muestra de simpatías de los ministros hacia la insurrección.—Entónces se envalentonaron, y los buenos españoles sospecharon que la conducta del Gobierno envolvía una censura para ellos, ó divergencias con el jefe superior de Cuba. ¿Por qué extrañar, pues, que desde entónces brotara ese gérmen de desconfianzas que tanto puede aun dañarnos?

Si más tarde surgieron recelos y dudas, al ver á algún personaje de esta situación, rodeado de continuo por los que en otro tiempo tuvieron relaciones íntimas con los corifeos de la insurrección, no se culpe la suspicacia patriótica de los que han perdido la confianza, sino á los que con su conducta no han logrado inspirar más que temores.

Y aún se tacha al casino de la Habana por haberse hecho eco del sentimiento público, y expresar con franqueza al Gobierno la situación anómala que le creaban ciertas contemporizaciones indebidas.

Pero en lo que se ha faltado á la buena fé, sin duda con el fin de desautorizar á ese *puñado* de españoles que están siendo la pesadilla y el tormento de muchos, es en juzgarlos refractarios á toda reforma y todo progreso y enemigos de toda clase de innovaciones: ellos aspiran á todas las mejoras compatibles con el estado social de Cuba, y al disfrute de libertades prudentes, acompañados en su ejercicio de tales garantías, que jamás puedan servir de arma contra nuestra nacionalidad, ni contra la supremacía legítima de la raza blanca. Y sobre todo, que su bienestar, su porvenir y su manera de ser no puedan quedar en adelante á merced de algún ministro *ignorante* de sus necesidades, ó que sólo tenga de ellas los informes inexactos que le hayan suministrado maliciosamente nuestros solapados enemigos.

Los leales españoles que han elevado sus votos al Gobierno, no tienen que recibir lecciones de nadie, y mucho menos el consejo de que *acepte la ley de los tiempos*, y esto, no porque les asusten las instituciones libres, sino porque hace mucho, muchísimo tiempo, que si hay algún país que disfrute una extraordinaria libertad práctica, ese es la isla de Cuba.

Rodeados de naciones democráticas, han aprendido á distinguir desde temprano la libertad de la anarquía, descubriendo las causas

esenciales de la decadencia de unas, y del bien-estar ordenado de otras: han visto en unos que el principio de autoridad estaba vinculado en el respeto ciego á la ley, y en otros en la ley de la fuerza: la exuberancia de riqueza en unos, y el empobrecimiento y miseria de otros, les ha mostrado vicios orgánicos, nacidos del afán insensato de imponer leyes y reglas á aquellas sociedades, que no eran adaptables á sus necesidades.

De todos esos países ha tomado Cuba lo bueno y rechazado lo malo, y lo único que echaron de menos los antiguos reformistas (hoy filibusteros), era *el derecho* de insultar é injuriar por la prensa á las autoridades. En países en que la autoridad superior representa, no un partido, ni un gobierno, sino á la Nación toda, el menor atentado al prestigio de esa autoridad, es minar la base del mismo poder, y esa libertad no puede existir nunca en provincias ultramarinas.

El pueblo inglés, maestro en sistemas coloniales, jamás los ha dado uniformes para todos sus dominios, sino atemperándose á las circunstancias de cada uno, llegando al extremo de carecer de libertades alguno de ellos.

Sírvanos eso de ejemplo. La manía de confectionar leyes y Constituciones *artísticas* y creer que por su perfección pueden hacer la dicha de cualquier pueblo que las adopte, es locura parecida á la del sastre que había construido un pantalon modelo, y pretendía por ende, que podía utilizarlo para todas las estaturas y todos los volúmenes.

Esta manía es la que hoy aqueja á los reformistas ultramarinos que aquí escriben, y que si tanto han hecho para que se sepa en Ultramar, no lo que aquí se piensa, sino *lo que ellos piensan*, bueno es que también sepan que no es sólo una *parte* de aquella población la que puede levantar la voz, sino toda entera, con una sola diferencia: que los insurrectos la alzan muy alta, para decir que para nada quieren las libertades que pretenden para ellos sus *buenos* amigos de Madrid, y es singular que estos se obstinen en proporcionarles lo que rechazan con el mayor desprecio, cuando también *les consta* que nada quieren de España, más que el verla desaparecer de las Antillas. El resto de sus habitantes, sin una sola discrepancia, piensan en alto, sin ocultarse, sin equívocos, sin doblez, y no hay ni víctimas, ni opresores, ni quien se vea obligado á callar.

Para concluir, y pasando por alto algunas reflexiones que nos dejan en duda sobre quién pueden ser los favorecidos con las lástimas y el interés de ciertos escritores ultra-radicales, solo dirémos: que aunque los españoles leales de Cuba fueran tan intolerantes y despóticos como los pintan, siempre tendrían *más derecho* á ser escuchados por el Gobierno, que los que desde aquí los denigran, y cuyo único *servicio patriótico* durante la insurrección cubana, ha sido ostentar sus simpatías por los filibusteros, ensalzarlos y defenderlos.

### RECTIFICACIONES.

Los hechos son más elocuentes que los más bien preparados discursos: sus lecciones mas fructuosas y su enseñanza mas duradera. Halagan y alucinan estos alguna vez, y más se dirigen á quienes desconocen precedentes importantes para formar juicios exactos; pero al fin pasa su efecto por el olvido ó por la demostración de los acontecimientos, cuando la verdad se abre camino por medio de las dificultades que la mala fé ó el error apila para que esta no se comprenda.

Esto recordamos al tratar por primera vez

aquí los asuntos de Cuba, y al ocuparnos con preferencia del origen y desenvolvimiento de la rebelión que existe en aquella provincia, seguros de que aquellos que nos favorezcan leyendo este artículo, y los subsecuentes que sobre el mismo particular publicaremos, y nos acompañen así en el exámen de las causas y origen de esa insurrección, y en el de sus manifestaciones y tendencias, convendrán en la oportunidad con que hemos escrito las precedentes palabras.

Viénesse sosteniendo por algunos en la prensa, que el separatismo no ha sido la idea única y constante de los que soliviantando á los pacíficos habitantes de los campos en esa Antilla, é inspirados desde años hace por un sentimiento de incalificable encono á nuestra nacionalidad, se han esforzado en crear aspiraciones, incomprensibles para los mismos que arrastraban al movimiento insurreccional; dícese que el *descontento* ha nacido en Cuba, de la carencia de ciertas libertades y de la supuesta resistencia de los buenos españoles, á reformas que pudieran mejorar la suerte de aquellos pueblos que se califican angustiados y oprimidos, y que estos cansados de soportar una situación que les mantenía en la *desgracia*, en la *abyección*, en la *ignorancia* y sin el goce de ciertos derechos, reducidos á la miserable condición de *párias*, han alzado el grito y la bandera de la independencia, como la explosión de la desesperación más completa; niégase que los autores del movimiento insurreccional hayan desobedecido al sentimiento de lealtad, y se sostiene que sólo han obrado bajo la presión de la necesidad, viéndose arrastrados á la rebelión por el *despotismo que sobre ellos pesaba*; se adelanta, sin respeto á lo que ha sido y es una verdad incontestable, que existen en Cuba dos grandes grupos: el pueblo *conquistado*, y el pueblo *conquistador*; se pinta al primero gimiendo bajo una opresión vergonzosa, alejado de los destinos oficiales, rechazado en la vida privada del ejercicio de las profesiones que conducen á posiciones elevadas, al respeto público, á la riqueza y al bienestar: se describe al segundo, disfrutando absoluta y privativamente de esas ventajas negadas á los naturales, y de ahí se llega al inesperado extremo de excusar, ya que no de santificar la insurrección en Cuba, lastimando á los que todo lo olvidan, todo lo abandonan y todo lo sacrifican por conservar unida á la nación, esa inapreciable provincia, que codicia el extranjero, y que algunos de sus hijos espúreos no titubearían en venderle.—Esas exajeradas descripciones, circulan en amañados ó equivocados escritos, con perjuicio de nuestra causa, alentando á nuestros enemigos y haciéndoles concebir esperanzas de que hallarán simpatías, en proporcion que las pierdan los leales, en el pueblo de la madre patria, en este pueblo generoso, que se subleva contra la injusticia, que cediendo á un sentimiento de nobleza, está siempre pronto á defender la causa del oprimido, y que por consiguiente puede ser extraviado en sus apreciaciones sobre cuestiones que no están al alcance de su inmediato exámen y que se le presentan desfiguradas.

Si ante él, si ante ese pueblo, al que tenemos orgullo en pertenecer, se hubieran manifestado desde el principio de la insurrección que existe en Cuba, los móviles y los propósitos de los que la han promovido; si se le hubiera demostrado con la sinceridad de la buena fé, que esos hombres no aspiran á libertades más ó menos extensas, sino á destruir la dominación española en el Nuevo mundo, para arrojarla después en brazos del extranjero, sacrificando no sólo la unidad nacional, sino también el porvenir y la existencia de los mismos campesinos ignorantes, arrastrados por la influencia del grupo separatista; si se le hubiera dicho



que la contienda que se iniciaba, era una contienda de razas, y que se pretende destruir hasta la influencia del pueblo latino en América; si se le hubiese hecho conocer que en Cuba sólo existe una familia, originaria del mismo tronco, cuyos miembros viven en iguales circunstancias, disfrutando los mismos goces, ocupando sin esa distinción que se supone, las posiciones civiles y oficiales, al frente de las grandes instituciones, con indiferencia de si los que en ellas se encuentran han nacido en aquella ó en estas provincias de la Nación; si se le hubiese impuesto desde las primeras horas de la incalificable lucha que contra el poder español principió en Octubre de 1868, que el grito de los amotinados era MUERA ESPAÑA, y su bandera la negación absoluta á aceptar nada que de esta proviniera y que les mantuviese unidos á su Metrópoli, de seguro que existiría en la Península, en este pueblo noble sensato y valiente un sentimiento unánime de reprobación contra los jefes y secuaces del separatismo cubano, y una repulsión enérgica hacia los que se atreven por pasión, por conveniencia ó por error á excusar á los enemigos encubiertos ó declarados de nuestra patria.

La historia, como dice un escritor Sur-americano, se debe escribir con veracidad, y debe manifestar las cualidades de los que figuran en ella, para que si los actos de estos son buenos, sirvan de ejemplo, y si son criminales, sirvan de preservativo y de horror en las edades siguientes, y con veracidad también se debe hablar á los pueblos de los hechos, de los sucesos presentes, á fin de que apreciando debidamente á los hombres y las cosas no sean instrumentos de pasiones, más ó menos interesadas, más ó menos excusables, pero que aún en el último extremo, con frecuencia descarriándose, provocan y producen males irreparables para después.

Hemos sido testigos presenciales de los acontecimientos que han venido sucediéndose en Cuba, y conocemos á muchos de los que hace tiempo vienen provocando los conflictos que hay allí; pero no somos enemigos personales de ninguno de ellos, es decir, no existen entre estos y nosotros prevenciones ajenas á la política, que puedan influir en nuestro ánimo; así es que podemos, sin incurrir en la inexcusable falta de convertirnos en detractores del individuo, emitir sobre cada uno de los instigadores de la rebelión y sobre sus actos, juicios exactos y apreciaciones verídicas, sin tener que usar para ello el lenguaje procaz que nuestros contrarios emplean contra nosotros por el crimen de nuestra lealtad; porque la lealtad es un delito imperdonable á sus ojos.

Consignados esos precedentes, pasemos á desarrollar el tema que nos hemos señalado.

La idea separatista importada en Cuba después de la pérdida de los extensos reinos que poseía España en el continente americano, tuvo su origen en esos países, y solo lentamente y con trabajo echó raíces en la isla.

La insurrección de aquellas tierras, iniciada en los momentos en que nuestro generoso pueblo sostenía la gloriosa lucha contra el gigantesco poder del capitán del siglo, esa insurrección que aprovechó el instante de hallarse la nación empeñada en esa guerra que es una epopeya, esa insurrección que trajo la independencia y la desgracia á tan opulentas provincias, quiso extender su alcance á las Antillas, pretendiendo arrojar de todo el Nuevo Mundo la nacionalidad á cuya sombra se habían formado y habían crecido los ingratos pueblos hispano-americanos, y consumir así la obra que había principiado. Para lograrlo puso en movimiento el resorte principal que en esos casos es el primer elemento de acción.

Los emisarios de aquellos países, penetraron en Cuba y principiaron á buscar prosélitos contra España. Afortunadamente reinaba en la inmensa mayoría de los habitantes, un sentimiento profundo de fidelidad ante el cual se estrellaron los esfuerzos del *insurgentismo* y sólo un limitado número de personas recibió el contagio de la traición. Pero la simiente había caído en el terreno y debía producir sus venenosos frutos, como veremos más adelante. Bastenos por ahora consignar un hecho altamente significativo: la dominación española lejos de ser odiada en Cuba, después de tres siglos del descubrimiento de esa Antilla, no sólo era apreciada, sino que fué defendida por la población, compuesta de peninsulares y de naturales, únicos habitantes de la tierra.

Perdidas las provincias continentales, la emigración de la madre patria que antes se repartía por aquellos extensos territorios, la emigración que de la Península, como de todos los países afluye por un deseo legítimo y honroso á las comarcas en que puede, merced á su laboriosidad y á su constancia, formarse una fortuna para sí y sus descendientes, dirigió su corriente á Cuba, que desde entonces entró en la carrera de asombroso progreso material y de civilización, que causa la admiración y la envidia del mundo. Cuba llegó á ser, como es, una fuente inagotable de riqueza. Formáronse allí esos inmensos capitales que se enclavaron en su suelo: levantáronse opulentas ciudades; desarrolláronse la industria y el comercio, y el que nuestros enemigos llaman *barbaro, despótico y opresor español* consagrando toda su existencia, toda su energía, todos sus sufrimientos á crear una riqueza para asegurar cómodo porvenir á la familia que había formado, proporcionaba á ésta las ventajas de la mejor educación y las comodidades y los goces de la vida. Desgraciadamente, mientras el peninsular se afanaba de ese modo por procurar á sus hijos estos beneficios, la propaganda del *insurgentismo* extendía sus doctrinas y aumentaba sus adeptos.—Las ideas de independencia iban apoderándose de los ánimos, pero el influjo de esas ideas que tan halagadoras se presentan siempre en Cuba por nuestros enemigos y cuyas fatales consecuencias en el resto de la América española, no conocen los mismos que hoy tienen las armas en la mano allí; se limitaba á las ciudades. Los habitantes de los campos, vivían tranquilos y ajenos á tales aspiraciones, contentos con el gobierno de la madre patria, sin verse agobiados por tributos onerosos, sin estar sometidos á ninguna clase de vejaciones. Y no se crea que escribimos un idilio: decimos la verdad. Si en algún país del mundo se ha gozado de positivo bienestar, de verdadera libertad, de paz y de tranquilidad interior envidiables, ha sido en Cuba, en esa provincia que se dice vejada y oprimida, y á cuyos pobladores se supone gimiendo bajo un despotismo irritante.

Si así no hubiera sido no habría llegado el desarrollo de su riqueza al admirable grado que alcanzó; su población no habría crecido de un modo tan notable, desde la época de la independencia de las provincias del continente americano; y su civilización no habría sido la que hoy es.

Pero no sean nuestras palabras; sean los hechos los que lleven la convicción á todos.

Si una prueba evidente de lo que decimos fuera necesaria, pediríamos que se detuviese la consideración de cada uno en lo que vamos á exponer.

Conócese hoy aquí, más que en pasados tiempos, á un gran número de cubanos ilustrados, á un gran número de familias opulentas de esa isla, que por diferentes causas han visitado la

madre patria; y por la cultura de aquellos y por la posición de éstas ha podido juzgarse del estado de adelanto de Cuba. Pues bien, esa ilustración la deben los unos á sus padres peninsulares que á fuerza de fatigas y economías han reunido los elementos para que sus descendientes la adquirieran; y esa riqueza ha sido acumulada desde su origen por los mismos hombres que se designa como opresores de sus hijos, y que les han legado con cada peso, una gota de su sudor, una hora de privaciones, un día de laboriosidad.

Acaso al leer estas líneas, parecerá que incurrimos en incoherencias y que divagamos del objeto que nos hemos propuesto, como tema de este artículo, que es el exámen de las causas y del origen de la presente insurrección en aquella Antilla; pero nos ha parecido muy conveniente ir demostrando las respectivas circunstancias de cada una de las dos fracciones en que nuestros contrarios dividen aquella población, para que se conozca la injusticia del movimiento insurreccional, aún considerado bajo el punto de vista de la vida social, de la vida de familia, base y origen de la sociedad civil.

Bastante se ha escrito con la intención de que la opinión pública aquí se desorientara en lo que á Cuba se refiere; bastante se han exagerado los males que allí existen, ocultando lo que hace favor y enaltece á nuestros padres, para encontrar motivos plausibles á la rebelión; y por consiguiente, excusable y muy excusable es que nosotros á nuestra vez, ántes de entrar de lleno en el asunto, aspiremos á rectificar conceptos equivocados ó juicios erróneos fundados en la falta de conocimiento de ciertos particulares, que si á primera vista parecen de poca importancia, la tienen y muy grande en las cuestiones de aquel país.

En este momento nos parece oportuno también hacer una explicación muy necesaria y que por mas que sea para muchos excusada, deseamos consignar al comenzar nuestras tareas. La población de Cuba, es decir, la población blanca, no se compone, según pudiera alguno entender, de dos familias de distinto origen, como la de la India inglesa, en que se encuentran dos razas ó dos pueblos, el uno el asiático, y el otro el anglo-sajón; ni como la de la Argelia, que la forman los árabes y los franceses; ni como la de Irlanda, en que aún se distinguen unos de otros, los naturales de esa isla y los ingleses, ni como la de las islas Filipinas en que se encuentran los primitivos habitantes y los españoles, ni aun como la de algunos estados de la república del Norte de América, en que los anglo-americanos están en contacto y en lucha con las tribus que ocupan todavía parte de esos territorios: la población blanca de Cuba es toda española de origen; y los peninsulares y los insulares, son de la misma familia, vienen del mismo tronco: no hay en ella por lo tanto ni conquistadores, ni conquistados, y no puede anatematizarse á los primeros con el título de invasores, sin que alcance el epíteto á los cubanos, herederos de su nombre y descendientes suyos.

Hemos dicho que la idea de independencia llevada á Cuba por los emisarios del continente sólo tenía partidarios en un corto número de habitantes de las ciudades; en nuestro próximo número manifestaremos cómo tomó aquella cuerpo y por qué causas llegó á difundirse y adquirir más prosélitos. Por hoy es suficiente dejar consignados dos hechos importantes: el primero que en la época de la insurrección de los reinos españoles, hoy repúblicas hispano-americanas, no existía en Cuba partido separatista: el segundo, que con muy raras ex-



cepciones la poblacion cubana, despues de tres siglos de existencia, estaba conforme, más que conforme, contenta con su nacionalidad.

## CUBA Y PUERTO-RICO.

Nunca hemos tomado la pluma y nunca la tomaremos para servir á banderías, ni para sostener proyectos ó planes preconcebidos en pro de una idea que pueda ser perjudicial á la existencia ó al porvenir de alguna de las provincias que componen la Nacion. Para nosotros son inmensamente superiores á nuestra opinion particular, á nuestras simpatías personales, á nuestra decision particular por tal ó cual sistema de gobierno, los intereses generales, la tranquilidad de hoy y el bienestar de mañana del pueblo español, y así, y solamente así, comprendemos la mision noble y honrosa del periodista.

Sírvanos la protesta precedente de explicacion de nuestra conducta, al tratar la importantísima cuestion que actualmente se discute por medio de la prensa, y que ha de ocupar la atencion del alto Cuerpo legislador, de cuya decision depende hoy la suerte de una provincia opulenta, digna de su amparo y que reclama su proteccion para que sobre ella no sobrevengan males inmensos, irreparables quizás, y que pueden evitarse, si la sabiduría de la Cámara resuelve en sentido favorable á sus justos deseos, una súplica respetuosa que le ha sido presentada.

Nos referimos á la fundada exposicion que á las Cortes han dirigido muchos, muchísimos españoles de Cuba, á la que todos los hombres pensadores y honrados de aquella provincia se unen sin duda alguna, á la que se adhieren respetables personas de los grandes centros mercantiles de la Península, y que tiene por único y verdadero objeto impedir que nuevas perturbaciones vengán á dificultar el restablecimiento de la tranquilidad en esa isla.

Muchas y muy poderosas razones existen para que se atienda al ruego de los habitantes de Cuba; y no hay, ó al ménos no encontramos ninguna, para que en su perjuicio y sin oírseles, se prejuzguen asuntos tan graves como son los que á su existencia atañen. Al resolverse y adoptarse una Constitucion para Puerto-Rico, se resuelve y adopta la misma Constitucion para Cuba, ó se fijan reglas, ó se señala una pauta para la que haya de regir en la grande Antilla. Nos esforzaremos en demostrarlo, y esperamos conseguirlo, que no es muy árduo el propósito.

Puerto-Rico y Cuba, por más que otra cosa se pretenda sostener, se encuentran en idénticas circunstancias. Clima, hábitos, costumbres, productos, poblacion, tráfico, instituciones, y por desgracia, hasta ideas de *separatismo* en muchos de los naturales, todo es igual en ambas islas. Y no se diga que aventuramos nada en lo que decimos, en cuanto á las aspiraciones de cierto número de personas que son desafectas á nuestra nacionalidad en Puerto-Rico.

La insurreccion de Lares, rápida y felizmente sofocada, promovida quizás en combinacion con la de Yara en Cuba, es un elocuente testimonio de la verdad de nuestras palabras. El Gobierno de la Nacion, que sin duda alguna ha de estar bien informado de lo referente á la primera, y de su identidad de miras con la segunda, sabrá apreciar debidamente esta verdad. Nosotros, que venimos de América, podemos aseverar que la opinion general, esa opinion que se forma allí donde ocurren los sucesos, aprovechando datos y precedentes que en apartadas localidades se desconocen, esa opinion que cuando se robustece día tras día, es

siempre exacta, unánimemente pregona, no sólo la igualdad de las tendencias de ambos movimientos, sino el acuerdo entre sus fautores.

Más dichosa que Cuba, Puerto-Rico vió ahogarse la rebelion al nacer, y restablecerse la paz turbada por un momento; ménos feliz Cuba, aún la tiene en su seno, que destroza, y aún sufre males que fuera una puerilidad negar.

Hermanas ambas islas, nada mas equitativo, nada mas aceptable, nada mas regular que la una, respetando el infortunio de la otra, espere algún tiempo para entrar en ciertos goces que hoy serian motivos de nuestras alteraciones en esta.

Hay un dilema que es conveniente examinar ántes de entrar de lleno en el asunto. O las circunstancias de Cuba y Puerto-Rico son distintas, en cuanto á su estado social y á su estado político se refiere, ó son las mismas.

Si lo primero, no cabe en la justicia que las reformas del sistema actual de gobierno de esas provincias se efectúen cuando hayan tomado asiento en la Cámara los diputados de una de ellas tan sólo, para hacer extensivas á las dos, con las modificaciones que se creyeran necesarias, los derechos consignados en la Constitucion. Eso equivaldría á conceder á ésta la facultad de legislar y decidir sobre la suerte de aquella, sin que sus legítimos representantes concurrieran al debate y á la deliberacion; eso seria investir á la una con una irritante dictadura sobre la otra; eso traería por consecuencia despojar á Cuba del sagrado derecho que la Constitucion concede á todos los pueblos que componen la nacion.

Si los que se oponen al aplazamiento suplicado por los habitantes de Cuba, fundan sus argumentos en la letra del art. 108 de la ley fundamental del Estado y violentan, por decirlo así, su sentido, interpretándola como comprenden que es favorable á sus deseos y citan ese artículo en su apoyo, nosotros aceptamos la interpretacion que hacen, pero resistiéndonos á que varien de sistema cuando encuentran en la letra del artículo indicado la demostracion de su error.

Segun ellos basta la presencia de los diputados de Cuba ó la de los de Puerto-Rico, para que se efectúen las reformas: sea en buen hora; pero como la ley habla para las dos provincias á la vez declarando que iguales modificaciones han de hacerse en ambas, porque la resolucion de las Cortes Constituyentes tiene que llevar por objeto, *hacer extensivas esas modificaciones á las mismas* (á Cuba y Puerto-Rico), claro es que no es posible resolver en lo referente á la una con separacion de lo referente á la otra. Entónces, y dada la supuesta diferencia de condiciones de ambas provincias ultramarinas, se incurriría en la falta de equidad de legislar para un pueblo, oyendo únicamente á los representantes de otro pueblo, cuyas necesidades son distintas á las de aquel.

Si lo segundo, esto es, si las condiciones de las dos islas son iguales, qué razon, qué equidad, qué justicia habria para revestir á esta del derecho de imponer reglas de gobierno á la otra? ¿No seria irritante que Cuba, por lo mismo que hoy es desgraciada, tuviese que sufrir la ley que le impusiera la voluntad de su hermana mas feliz? Alta ilustracion, incontestable rectitud hay en las Cortes para que temamos que no estime y considere en algo estas observaciones.

Pero se dice: no sostenemos ni aspiramos á que la voluntad ó la opinion de los diputados de Puerto-Rico venga á ser regla ó ley para Cuba: no queremos que la Constitucion que para la una isla se adopte, sea la que rija despues en la otra: no disputamos á la grande An-

tilla el derecho de pedir y alcanzar en su día y con la asistencia de sus representantes la constitucion que le convenga: reclamamos tan solo para Puerto-Rico la facultad que le pertenece, el goce de ventajas que necesita, las modificaciones que demanda su sistema de gobierno; y reclamamos con razon, negándonos á imponerle la privacion de esos beneficios que la Constitucion le ofrece, porque Cuba sea hoy infortunada ó porque en ella exista una insurreccion que le impide disfrutar de iguales bienes; las consecuencias de su desgracia y de la deslealtad de los que han alzado allí la bandera de la rebelion, no deben recaer sobre los que conservan el respeto á las instituciones vigentes en su patria y que no faltan á los deberes que les impone la fidelidad.

Pues bien: dejando á un lado el precepto de la ley fundamental del Estado que hace extensiva á las dos islas las modificaciones en el régimen gubernativo, que las Cortes han de efectuar para ellas á la vez; y admitiendo que es posible resolver en lo referente á una con abstraccion de lo que despues se decida respecto de la otra, hay dos razones de altísima importancia que recomiendan y exigen el aplazamiento suplicado por los habitantes de Cuba.

Siendo una verdad incontestable que, como ántes hemos dicho, las circunstancias de ambos países son idénticas; que su clima, su poblacion, sus hábitos, sus costumbres, sus productos, su tráfico, sus instituciones sociales y hasta, por desgracia, lo repetimos, la idea de *separatismo* en muchos de los naturales, todo, en fin, es igual en ellas; ¿no se comprende que si las constituciones que para las dos se adopten son diferentes, la distincion que entre ellas exista puede crear en lo futuro grave desagrado, excusable murmuracion, en estos ó en los otros habitantes? ¿No seria irritante que en dos provincias semejantes, existieran ventajas y desventajas, comparado el régimen de la una con el de la otra? Si la constitucion que para Cuba se votase fuese más liberal que la de Puerto-Rico, ¿no se vé que en ésta habria de brotar el descontento natural y excusable que esa diferencia habria de producir en sus pobladores? Si por el contrario, la constitucion de Cuba fuera más restrictiva en algo, que la de la isla hermana, se podrá negar que esa circunstancia habria de crear disgusto, y excusa para nuevas perturbaciones en ese país, que despues de terminada la insurreccion que en él existe, necesitará la seguridad de una época tranquila para reponerse de los quebrantos que habrá sufrido?

La constitucion que para esta isla se dicte, tiene que ser igual de la constitucion que á aquella se conceda, á ménos de establecer para lo sucesivo un germen de dificultades cuyas consecuencias pueden ser fatales, y por eso no sólo es justo, sino indispensable á la ventura de ambas, esperar á que presentes los diputados de la que no ha podido nombrarlos todavía, sea posible atender á los intereses de las dos, estableciéndose unidad en el sistema y armonía en sus gobiernos.

Otra razon hay que no debe desatenderse por más que parezca de poca importancia á primera vista, para que el aplazamiento pedido se conceda.

Adoptadas hoy las modificaciones en el régimen de gobierno de Puerto-Rico, sin la presencia de los diputados de Cuba, interesados, sin duda alguna en lo que á la otra isla se refiere por la igualdad de circunstancias, y por el deseo que en todos debe existir de evitar un antagonismo posible entre las dos, que probablemente nacería si en esas reformas no hubiera la debida identidad, ó la semejanza proporcional que la supliera en algunos parti-



culares, ¿no vendría después á encontrarse Cuba en la desventajosa situación de que al discutirse la constitución que en ella habría de regir, influyeran la opinión y el voto de los de la isla hermana, que no podrían ser distintos de los que ántes hubieran emitido al legislar para su provincia?

Si se tratase de resolver sobre asuntos privados á localidades cuya suerte no estuviese relacionada ó influyese en la de Cuba, de seguro que los habitantes de esta no se presentarían á suplicar el aplazamiento de un debate y de una resolución que no podría perjudicarles; porque habrían de comprender la improcedencia de su petición pero cuando se han de ventilar cuestiones que afectan á su suelo, á su riqueza, á su existencia y quizás hasta á su nacionalidad, nada más racional, nada más excusable y nada más digno de ser atendido en algo, que el respetuoso ruego que elevan confiando en la equidad de la cámara, digna representación del pueblo español; de ese pueblo que tantos sacrificios ha hecho por aquella inapreciable comarca en la que los buenos españoles, prodigando vidas y hacienda defienden la integridad del territorio.

Estos, en medio de las dificultades que siempre acompañan á las revueltas intestinas y más en un país trabajado por el *insurgentismo*, conocen que sin producir beneficio alguno para Cuba, en cuanto á que la insurrección depusiere las armas, al ver que se conceden tales ó cuales franquicias á la isla vecina, el debate y la adopción de una constitución para Puerto-Rico habrán de traer consigo nuevas divisiones, que si en épocas normales serían de limitada importancia y no darian lugar á trastornos, hoy pueden ser causa de que se haga mas trabajoso el restablecimiento de la tranquilidad y de la confianza.

No pertenecemos á la escuela que tiene por divisa aquellas funestas palabras, en hora fatal, pronunciadas en la tribuna francesa y que se han hecho tristemente célebres: «perezcan las colonias y sálvense los principios.» ¿Para qué han de salvarse estos si ha de condenarse á la destrucción la sociedad en que debieran regir?

¿No es más justo, no es más noble, no es más santo, salvar una provincia, sin sacrificar por eso los principios?

Los habitantes de Cuba fieles, honrados y dignos de la estimación de sus compatriotas, que se enorgullecen de ser españoles, á los que se viene agravando con la falsa acusación de ser enemigos de las reformas, y que se quiere calificar sin razón alguna, con el indebido calificativo de reaccionarios tenaces y de constantes opositores á los adelantos y modificaciones en el sistema de gobierno de aquella tierra, ¿qué piden? una espera, un respiro para que restablecida la tranquilidad, les sea posible venir á tomar parte en una cuestión que les interesa en alto grado, porque prejuzga, porque resuelve, sin la necesaria presencia de sus representantes, las cuestiones que les afectan, siendo, como son, en todo iguales las circunstancias de las dos islas, y teniendo que decidirse sobre la suerte de la una, cuando se resuelve sobre la suerte de la otra.

¿Y cuál sería el perjuicio que pudiera sobrevenir á Puerto-Rico si se obtuviera el rogado aplazamiento? Nuestra escasa inteligencia no nos permite comprenderlo; pero si alguno pudiera resultar á sus habitantes, sería menor, infinitamente menor, insignificante, absolutamente insignificante, comparado con los graves y trascendentales daños que hoy puede traer sobre Cuba la discusión del proyecto que con tanto afán se pide por algunos, olvidando las consideraciones que la fraternidad impone, que aconseja el respeto á la angustiosa situa-

ción de un pueblo del mismo origen y de la misma raza, y que recomiendan no sólo la prudencia, sino el deber de impedir males cuya reparación sería difícil quizás, cuando no imposible.

Dejemos para más adelante proseguir en el exámen de este delicado asunto, y alimentemos con confianza la esperanza consoladora de que la petición prudente de un pueblo heroico que tal como siempre, merece llamarse el pueblo español, resida aquí ó en Cuba, será estimada en algo cuando sólo lleva por objeto evitar desgracias que habría de lamentar después toda la nación.

## ASESINATO DE UN PERIODISTA.

Agitada la mano por el sentimiento del dolor y por el de la indignación trazamos estas líneas para dirigir una ofrenda de respeto y un recuerdo al malogrado Director de la *Voz de Cuba*, D. Gonzalo Castañón, víctima de la alevosía de un puñado de desleales que en Cayo Hueso se hallaban refugiados.

El joven y aventajado escritor que en la Habana fué uno de los mas ardientes sostenedores de nuestra causa y que cediendo á un arranque de hidalguía no titubeó en trasladarse adonde los enemigos de España se ocupan en preparar sus ataques contra nuestra nacionalidad, para exigir la reparación de su honor indignamente ofendido, incurrió en grave error al creer que había de hallarse bajo la salvaguardia de la lealtad del caballero.—Allí le esperaban la traición y la cobardía del asesino.—

Nosotros que alguna vez disintimos de su opinión en algunas de las cuestiones que se debaten en la arena periodística, seríamos injustos si le negáramos, si no reconociéramos en el ilustrado y perdido compañero de tareas, la nobleza, la dignidad y la energía del verdadero español. Séale ligera la tierra; la memoria de su muerte se conserve como uno de los baldones que ha conquistado la alevosa insurrección promovida por el separatismo, y Dios en su inagotable misericordia haya recibido en su seno el alma del apreciable escritor sacrificado en aras de la patria.

## AL MINISTRO DE ULTRAMAR.

De todos los puertos de España que tienen relaciones con nuestras Antillas, y por tanto, motivo para conocer su situación y estado actual, se envían exposiciones á las Cortes, abogando por que se aplase la discusión de las reformas de Puerto-Rico, mientras dure la guerra en Cuba.

Este suceso nos regocija, porque corrobora la justicia con que los españoles de Cuba han gestionado cerca del Gobierno en el mismo sentido.

¿Serán también reaccionarios los comerciantes de todos esos puertos?

## VERDADERA JUSTICIA.

Un súbdito norte-americano, fué asesinado en la Habana: la actitud digna y enérgica de nuestras autoridades, habrá probado á los ciudadanos de aquella nación que si somos celosos en vengar las ofensas que se nos hacen, también somos severos y justos al dar legítima satisfacción á los súbditos extranjeros injustamente atropellados.

Por la honra y el decoro de nuestro país deseamos, que cuanto ántes se haga justicia y quede disipado el pequeño disgusto que había causado á un Gobierno amigo tan triste suceso.

Reproducimos tomándolo del *Diario de la Marina* de la Habana el siguiente ar-

tículo que condensa todos los acontecimientos de la quincena anterior á la salida del correo de las Antillas llegado hoy á Madrid.

«Muy poco podremos decir en esta revista de la mayor parte del Departamento Oriental, porque, reducida en ella la insurrección á unas cuantas pequeñas partidas de bandoleros que, según las comunicaciones oficiales, las correspondencias y los periódicos, escasamente sumarán cien hombres, no puede recibirse mas noticia fausta que la de que los vayan paulatinamente acabando las columnas que activamente los persiguen en lo más áspero de las sierras. Con las fuerzas que mandaba en la jurisdicción de Holguín el señor brigadier Morales de los Ríos operan en la actualidad las que ha traído de la de Santiago de Cuba el señor brigadier Lopez Cámara; y, como unas y otras deben acercarse á cuatro mil hombres, baten los montes en todos sentidos, establecen nuevos destacamentos y avanzan resueltamente hacia el Departamento del Centro, sin encontrar enemigos que osen oponerles ni los más débiles obstáculos.

Según nuestras últimas noticias, el señor brigadier Lopez Cámara se encontraba á tres leguas de Holguín y el señor conde de Valmaseda, que, como saben los lectores, desembarcó en Manzanillo, á doce. Uno y otro seguía el movimiento de avance que hemos indicado, y no tardarán en encontrarse á la altura de Victoria de las Tunas, dispuestos á operar en el Camagüey con las tropas que lo guarnecián y la división Goyeneche. No bajarán de quince mil hombres los que de un día á otro se reúnan en la mencionada comarca. Estas tropas tendrán que luchar con un enemigo que huye y no defiende ni sus más fuertes atrincheramientos; lo que hará que necesiten estar en constante y combinado movimiento. Tarea penosa sin duda alguna y que por lo pronto no da brillantes resultados; pero, como estamos muy seguros de que muy en breve podrán operar columnas de trescientos ó cuatrocientos hombres con entera seguridad, puede batirse el territorio en todos sentidos y pacificarlo muy pronto.

A tres millas de Gibara se ha apresado—embarrancado en tierra,—un pailebot con algunas armas, municiones, monturas, botiquines y otros efectos de guerra. Todavía no sabían en Gibara con exactitud la importancia de este cargamento, y, como se nos asegura que se han cogido cien cajones de municiones de los últimos sistemas perfeccionados y solamente cien fusiles, es mas que probable que el principal objeto de la expedición fuera proporcionar municiones á los que han manifestado repetidas veces que las necesitan con urgencia. También se ha encontrado una carta de Goíncouria, en la cual encargaba que se desembarcara lo mas próximo posible á Gibara. El barco estaba completamente abandonado, y sus tripulantes y pasajeros debieron internarse desde el momento en que comprendieron que habían sido descubiertos y serían inmediatamente perseguidos. Los voluntarios de Gibara se prestaron á este servicio con el mismo celo que siempre.

A esta quincena corresponden las dos expediciones del señor brigadier Goyeneche desde su llegada á Puerto-Príncipe. La primera duró doce días, andando la división en ellos setenta leguas y pisando las cenizas de lo que fué Guáimaro. En el *Asiento*, lomas de Nasaja, tomó el más formidable campo atrincherado de la rebelión, sin tener mas trabajo que el de escalar algunas rocas, pues no encontró ni un asomo de resistencia. En *loma de Imias*, desalojó al aventurero Jordan de la fuerte trinche-



ra que ocupaba,—con unos mil quinientos hombres bien armados,—sin mas que amenazar sus flancos. Estos mil quinientos hombres son los mismos que hostilizaron al señor general Puello en la *Mina de Juan Rodriguez* y la flor y nata del *instruido y veterano ejército*, que se estrelló contra las frágiles palizadas de Victoria de las Tunas, y que no ha sabido defender nunca las posiciones que ha escogido y fortificado durante muchos meses. La division Goyeneche hizo al enemigo 87 muertos vistos y el número de heridos consiguiente, 28 prisioneros, le tomó armas y caballos y los equipajes y papeles de Céspedes y el marqués de Santa Lucía, que se escaparon por milagro.

La segunda expedición de la division Goyeneche sólo ha durado cuatro días, dando por resultado material cuatro muertos y nueve prisioneros hechos al enemigo, y seis familias recogidas, que suman treinta y siete personas. Se asegura que la expedición tenía un objeto determinado, y lo prueba en parte el haber encontrado la trinchera que estaba levantando Jordan, y que abandonó, según parece, al tener noticia de que se aproximaban nuestras tropas, como había abandonado antes las de la *Mina Loma de Imias* en cuanto se inició el ataque. Esta expedición ha servido sin duda para conocer perfectamente al enemigo, comprender que no puede contarse en ningún caso con una seria resistencia ni una acción formal, y fijarse decididamente en el plan de campaña que conviene seguir para reducirlo á la impotencia, y marchar, con paso mas lento pero seguro, á la pacificación de la tierra. Así han debido comprenderlo todos los jefes y hasta todos los soldados, porque nuestros soldados comprenden muy pronto el mejor modo de hostilizar al enemigo.

La pacificación de las Cinco Villas, Sancti Spiritus y Moron adelanta, y no con grande lentitud, á juzgar por el número de los presentados, de las familias recogidas y de los frecuentes encuentros que tienen los destacamentos y columnas con las pequeñas partidas de insurrectos y las cuadrillas de bandidos, huyendo éstos siempre con pérdidas de algunos muertos. Vamos á citar uno de los últimos hechos de armas, que en nuestro concepto prueba el triste estado á que se ha reducido la insurrección en las Cinco Villas. Un telegrama oficial del 11 dice lo siguiente: «Treinta y siete hombres de Tiradores de la Patria, al mando del teniente D. Ramon Muñoz, sorprendieron al amanecer, en el monte Roquete, un campamento insurrecto, con fuerza considerable mandada por los cabecillas Lorda y Roloff, causándoles seis muertos y cogiéndoles veinte y cinco armas de fuego, algunos caballos y otros efectos. Por nuestra parte un sargento contuso. Presentados en el distrito treinta y seis.» Todos sabemos que Lorda y Roloff son de los cabecillas mas influyentes y emprendedores, y, con decir que les baten treinta y siete hombres, se prueba el miserable estado de los restos de la insurrección.

No queremos decir con esto que los buenos patriotas de las Cinco Villas, Sancti-Spíritus y Moron, se entreguen á una inoportuna confianza; antes por el contrario, les aconsejamos que redoblen sus esfuerzos, para concluir inmediatamente con todo lo que pueda dañar al hombre honrado y menoscabar su propiedad. Aunque es cierto que muelen casi todos los ingenios, todavía oímos, de vez en cuando, hablar de algun incendio y es preciso acabar completamente con los incendiarios. El señor brigadier Portillo ha debido comprenderlo así cuando, á pesar de conocer muy bien el territorio de la Comandancia general que desempeña, lo ha recorrido en todas direcciones, para

enterarse personalmente de las necesidades militares del momento en cada partido de la comarca. Como entendido militar y conocedor de la tierra, comprende muy bien cuánto importa aprovechar los días y las horas, para que puedan nuestros soldados tomar al empezar la primavera cuarteles de verano, y no sufran las rudas fatigas que experimentaron en el pasado estío. Esto deben tenerlo muy presente todos y en todas partes, y proceder en consecuencia.

El enemigo no pelea, el enemigo sabe que no puede pelear. Todas sus esperanzas, por muy quiméricas, por muy insensatas que sean, consisten en prolongar su agonía; y como nosotros debemos hacer, militar y políticamente, hoy y mañana, lo contrario de lo que desea el enemigo, es indispensable que apresuremos su agonía, que no le dejemos ni un momento para respirar. Medios nos sobran para conseguirlo... ¿Nos faltará voluntad?... No. ¿Nos faltará patriotismo?... Mucho menos... ¿Nos faltará valor?... En ningún caso. Lo único que puede faltarnos es la indispensable buena inteligencia, la oportuna simultaneidad de acción, la mejor elección de momento. Pero tampoco nos faltará la buena inteligencia, la simultaneidad de acción, ni la mejor elección del momento, porque todo esto hará por nosotros quien debe tener la iniciativa, quien sabe que puede contar con todo lo que es español, para salvar nuestra gloriosa nacionalidad y la prosperidad de Cuba.»

La justicia ha quedado satisfecha.

La *Correspondencia* del domingo 6, dice lo que copia mos:

En el despacho oficial de la Habana recibido hoy, se dá cuenta del fusilamiento del individuo que asesinó al norte-americano Grenwald, hace poco tiempo, de cuyo suceso tienen conocimiento nuestros lectores.

Si lamentable es recordar aquí el estravío del desgraciado que quizás en un momento de exaltación por el alevoso asesinato del apreciable Sr. Castañon en Cayo Hueso, incurrió en la gravísima falta, de dar la muerte al norte-americano Grenwald en la Habana, al menos podemos apreciar la prontitud y la energía con que las autoridades de Cuba han castigado ese crimen, dando una nueva prueba de la rectitud y de la actividad con que allí se respetan los deberes que las leyes internacionales imponen á los poderes civilizados. Sirva esto de lección á los detractores del nombre y de la administración española en América.

¡Ojalá el gobierno norte-americano rivalice con el nuestro en el cumplimiento de esas sagradas obligaciones, imponiendo el merecido castigo á los miserables y alevosos asesinos de Castañon; de ese malogrado, pundoroso y ardiente sostenedor de nuestra causa en Cuba!

## PRECEDENTES

SOBRE QUE LLAMAMOS LA ATENCION.

Es nuestro propósito ocuparnos con la debida extensión del infame y alevoso asesinato de nuestro malogrado compañero de tareas en Cuba D. Gonzalo Castañon; considerándolo, como debe considerarse ese hecho tan odioso, no un crimen comun, sino uno de los actos de la traidora insurrección promovida en Cuba y cuyos partidarios encuentran frecuentemente fuera de esa isla excusa, y hasta favor en muchos de los que debieran ser los primeros en rechazarles con el desagrado que brota en los buenos corazones, ante la vista de los malos: y á fin de que para entónces haya en nuestros lectores el conocimiento de algunos precedentes sobre el asunto, reproducimos á continuación los siguientes párrafos que tomamos de la *Prensa de la Habana*, en los que se encuentra una breve pero expresiva demostración del sentimiento

general en aquella ciudad, tanto por el odioso atentado, como por la pérdida de nuestro ilustrado compatriota.

«Tan pronto como circuló la triste nueva del desastroso fallecimiento de nuestro apreciable compañero D. Gonzalo Castañon, director de la *Voz de Cuba*, se despertó el más vivo sentimiento de dolor á par que de indignación en el corazón de todos los que abrigaban ideas de patria y humanidad.

Anunciada la traslación de su cadáver á esta capital desde el lugar del suceso, se despertó el general deseo de salir á recibirle y tributar un recuerdo expresivo al que había sucumbido al rudo y cobarde golpe de la traición.

A las ocho y media de esta mañana entró en puerto el vapor que traía los restos del malogrado Castañon: inmediatamente salió con dirección al buque la lancha de vapor del señor Samá, conduciendo una comisión y varios particulares: puesto el cadáver en la lancha, al pasar por la popa de la fragata *Zuragoza*, la charanga de esta tocó un paso fúnebre: en la casilla de pasajeros esperaban los restos de la desgraciada víctima, el Excmo. Sr. Segundo Cabo, los señores Secretarios de los Gobiernos Superior y político, comisiones y personas invitadas: un gentío inmenso ocupaba el muelle, y se extendió á las calles por donde bajo una pesada lluvia, había de pasar el fúnebre acompañamiento: este se componía de la banda de música y una compañía del segundo batallón de Ligeros, un selecto y numeroso personal compuesto de lo más escogido de nuestra sociedad, y en cuyos semblantes se demostraba la más profunda pena y el deseo de manifestar de algun modo un sentimiento, en especial, de patriotismo.

Todos se disputaban el triste placer, permitasenos la frase, de cargar los restos del esforzado compatriota, y todos consumaron respectivamente su deseo: la fúnebre comitiva dejó el cadáver en la redacción de la *Voz de Cuba*, donde en la actualidad se está embalsamando, para proceder despues á su colocación en el suntuoso aparato que se ha dispuesto en la sala principal de la redacción mencionada.

Coloquemos una flor sobre la tumba del desgraciado Gonzalo, como símbolo de compañerismo y en recuerdo de dolor: su muerte ha causado la mas profunda sensación, sobre todo, en el corazón de los buenos españoles: dejámos á Dios y á la ley el castigo del crimen, y esperemos que reciba en su seno á la infortunada víctima.»

## ADVERTENCIA.

**Causas independientes de la voluntad de la dirección, han impedido que el primer número de este periódico haya salido antes de hoy.— Por ahora, y mientras no acahe de organizarse el servicio de corresponsales y comisionados en provincias, saldrá en los días designados al principio de este número, sin perjuicio de que mas adelante pueda quedar convertido en periódico diario, con el fin de ocuparnos por extenso del movimiento intelectual, político y económico de España y sus provincias de Ultramar, y de todas las cuestiones palpitantes, que agitan la opinion pública en Europa y América.**

**Se reciben suscripciones á este periódico en esta redacción, plazuela de Santa Catalina de los Donados, núm. 2.**

PRECIOS Y CONDICIONES DE SUSCRICION.

En Madrid. . . . . 4 rs. al mes.

En Provincias. . . . . 15 rs. trimest.

IMPRESA DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Calle de los Dos Amigos, núm. 10.